Serie 2
Sub-Serie

Escritos a la Prensa. Serie 8

PV
Para mi archivo

Enviado al Mundo el lunes, 14 de marzo, en la mañana. Retirado por no haberse publicado el jueves 17, en la noche. Ejemplo del grave problema que existe en P.R. ante el cuasi-monopolio periodístico de El Mundo.
18 marzo '60

CONFUSION EN CASA BLANCA

por Arturo Morales Carrión

Intereso hilvanar unos comentarios acerca de las diversas y contradictorias expresiones sobre Puerto Rico que han emanado de Casa Blanca en los últimos días. Creo que uno de los valores magnos de la asociación política que tenemos con los Estados Unidos consiste en la franca, sincera y constructiva crítica que mutuamente nos debemos los dos pueblos, dentro del marco de fervorosa devoción a los ideales democráticos que ambos pueblos sustentamos. Ejerzo hoy esa crítica.

En estos momentos muchos puertorriqueños, que creemos firme y lealmente en la asociación y la hemos defendido dentro y fuera del país, vemos con creciente asombro la actitud confusa y contradictoria de Casa Blanca respecto de las luchas políticas nuestras. Fiel a una honrosa tradición sentada por las administraciones anteriores, la Administración de Eisenhower había mantenido, con el principio de la autodeterminación para Puerto Rico, una posición neutral en torno a nuestras contiendas internas entre el Partido Popular, creador y defensor del Estado Libre Asociado; el Partido Estadísta Republicano, propulsor del estado federado clásico; y el Partido Independentista, partidario de la separación.

En respeto a las reiteradas expresiones de la abrumadora mayoría del pueblo puertorriqueño, Casa Blanca había sostenido la más cordial relación con el Gobierno actual de Puerto Rico y

ofrecido el más firme respaldo al intenso esfuerzo que éste realiza por convertir a la isla en punto de enlace y confluencia de las corrientes que propulsan un auténtico acercamiento entre los pueblos del Nuevo Mundo.

Al mantener esta encomiable actitud histórica, Casa Blanca había reconocido también un hecho esencial: que las realidades culturales, sociales y políticas de Puerto Rico no son las mismas de los Estados Unidos; que el proceso interno de nuestras pugnas partidistas tiene un carácter distinto del de las luchas políticas en el norte; que somos, en fin, un pueblo diferente del de Florida o Kansas o California, aunque existan una ciudadanía común y una común lealtad a ideales democráticos, y una firme asociación política entre nosotros.

Reconocer esa peculiar situación de Puerto Rico, respetar su autodeterminación democrática y luego no tomar acción política en contra de la voluntad expresada por la mayoría del pueblo había sido norma invariable de Casa Blanca. El historial de la actual Administración revela, sobre todo, la más escrupulosa adhesión a esa norma.

Pero he aquí que de repente comienza a vacilar tal política. El Presidente llega al aeropuerto de San Juan y hace un elogio del Estado Libre Asociado y del principio de la autodeterminación en que éste se funda y además un elogio del progreso económico y social alcanzado por el Gobierno y el pueblo del Estado Libre Asociado. Pero al regresar a Wáshington, se lleva en su avión al

Sr. Luis Ferré, dirigente del Partido Estadista Republicano y sistemático detractor del Estado Libre Asociado y de su obra de acercamiento hemisférico, del Estado Libre Asociado que el Presidente acababa de elogiar y cuyo papel interamericano había subrayado. Y en Wáshington, el Secretario de Prensa del Presidente anuncia que el Presidente respaldará la candidatura del señor Ferré para la gobernación de Puerto Rico en las elecciones de noviembre próximo con el razonamiento superficial e inaplicable a Puerto Rico de que el Presidente acostumbra hacerlo así con todos los candidatos republicanos. Aún más: el señor Ferré hace claro que el Presidente respaldará la estadidad federada para Puerto Rico si la voluntad del pueblo de Puerto Rico la quiere, y asegura que con el apoyo de la Administración se logrará tal triunfo.

Es claro que el Presidente puede llevar en su avión a quien desee y que es costumbre política en los Estados Unidos la de que el Presidente invite a viajar con él en tren, en auto, o en avión, cuando va en jira política, a candidatos republicanos, y asimismo ofrezca su respaldo en Casa Blanca a los líderes locales de su partido, retratándose con ellos.

Pero no es menos claro que Puerto Rico es caso distinto; que las tradiciones, bases y estructuras de su vida política no son las mismas de las de los Estados Unidos. Cuando el Presidente respalda a candidatos republicanos en los Estados Unidos, los respalda frente a candidatos que son adversarios del Presidente

y de su partido. Pero cuando el Presidente respalda en Puerto Rico a candidatos republicanos, los respalda frente a candidatos que no son adversarios del Presidente. Por tanto, se trata de una intervención impropia e injustificada y en la historia de las relaciones recientes de los Estados Unidos con Puerto Rico, de una coacción insólita.

¿Cuál es, en suma, la posición presidencial? ¿Mantener la política de manos afuera en la lucha interna y respetar la autodeterminación puertorriqueña? Entonces ¿por qué el apoyo abierto a la candidatura minoritaria del señor Ferré que representa la estadidad federada frente al Estado Libre Asociado? Si la verdadera política de Casa Blanca es propugnar la estadidad clásica ¿por qué el elogio al Estado Libre Asociado y a su obra económica y social que ha apoyado abrumadoramente el pueblo de Puerto Rico, el mismo Estado Libre Asociado del cual es destacado detractor el señor Ferré? ¿Qué puede pensar el pueblo de Puerto Rico frente a tan incongruentes posiciones, frente a tan asombrosa maraña de contradicciones e inconsistencias?

¿Se da cuenta Casa Blanca de que en el caso de Puerto Rico no se trata de una mera lucha comicial como la contienda --digamos-- por la gobernación de Florida o de Kansas o de Nevada, sino que es todo el destino cultural e histórico de un pueblo lo que está en juego y con el cual es evidentemente impropia la intervención externa? ¿Se da cuenta Casa Blanca de que un abierto respaldo a

las fuerzas del señor Ferré en Puerto Rico puede crear, en la América Latina, la impresión de que Estados Unidos ha abandonado su honrosa tradición de respeto a la autodeterminación puertorriqueña? ¿Qué pensará, en suma, de esta vacilante y contradictoria política la opinión amiga de los Estados Unidos en la América Latina que sigue con tanta atención el espectacular progreso económico y político de Puerto Rico bajo el Estado Libre Asociado?

A los que en Puerto Rico buscamos afianzar la asociación libre, leal y honrosa con los Estados Unidos nos toca ahora la doble obligación de señalar el deplorable error de Casa Blanca y de acentuar nuestra vigorosa campaña para que el pueblo de Puerto Rico siga eligiendo sus líderes como es ya su hábito, no a instancias de factores extraños a su realidad, sino por decisión de su voluntad libre y democrática, conforme a lo que el pueblo desee, estime o necesite.

La gran transformación social que comenzó en Puerto Rico en el 1940 y que acabó con el colonialismo político no necesitó ni bendición ni estímulo de afuera. No necesitó el espaldarazo de Casa Blanca para ponerse en marcha, sino el espaldarazo de la buena gente de Puerto Rico. Ese gran movimiento no ha terminado. Tiene aún mucho que realizar. Una nueva generación se suma ahora a sus filas. Como a la generación del '40, sus energías y estímulos vienen de adentro, de la fibra honda de nuestro pueblo. No necesita padrinos, no necesita ayos. ¡Esa generación, como la del '40, sabe andar con sus propios pies, sabe pensar con cabeza

propia!

Y las dos generaciones ofrecerán en noviembre próximo una luminosa enseñanza no sólo al señor Ferré y a sus seguidores, sino a Casa Blanca y a su lamentable actitud confusionista, sobre lo que en verdad piensa, sobre que en verdad siente y es el pueblo puertorriqueño: un pueblo fraternal para con sus conciudadanos de los Estados Unidos, pero decididamente un pueblo no colonial.

San Juan, Puerto Rico
14 de marzo de 1960